

tigado, obedeció perezosamente y perdió la hora dando descanso á sus batallones. Una columna wurtemberguesa destacada por Blanchi se le anticipó, atravesó á Montereau, fortificó los puentes, trepó por las elevadas riberas de creta que dominan aquella ciudad, y sobre las alturas de Surville se dispuso á cerrar á Napoleon la bajada á Montereau. Victor, desesperado y tratado con dureza por el emperador, quiso lavar con su sangre las reprobaciones de su jefe. Ataca á los wurtembergueses como hombre que quiere el paso ó la muerte: procura sacrificarse. Su yerno el general Chateau cae muerto á sus pies. Al ruido de aquella lucha en las faldas de las colinas de Montereau, Napoleon apresura sus columnas y se ve cañoneado por las baterías de los austriacos cuando los creía al otro lado de los puentes. Se irrita, se obstina, lanza al asalto su guardia, precipita á los wurtembergueses de las alturas sobre la ciudad; desde allí, con su propia mano, apunta sus cañones contra los enemigos formados en masa en las calles y los puentes. Crúzanse los fuegos: los artilleros de Napoleon ruedan á sus pies entre el cieno y la sangre. Los que sobreviven le conjuran que se ponga á cubierto y conserve un jefe y un pensamiento á la Francia: «Andad, amigos míos, les contestó sonriéndose y mirando con ojos serenos los proyectiles que removían el terreno en derredor suyo, la bala que debe matarme no está aun fundida.» De este modo aguarda la tardía llegada de sus masas. Entretanto hace vacilar con los disparos de su inespugnable artillería al ejército que veía descubierto entre Fossard y Montereau. Al concluir el día llega el refuerzo, lanza al general Gerard, uno de sus mejores tenientes, á la cabeza de un cuerpo de bretones contra el arrabal de Montereau para barrer la calle que conducía á los puentes. Pajol, intrépido oficial de caballería, se aprovecha del paso abierto por Gerard, marcha á cubierto y al abrigo de los cañones del emperador hasta un recodo del arrabal que

conduce á los puentes. La caballería al galope, los atravesada mezclada con los austriacos, acuchilla á los fugitivos, abre paso á Napoleon y avanza por la calzada hasta Fossard. Napoleon con sus cuarenta mil hombres que habían llegado durante la jornada, pasa los rios que cubrían á Blanchi. Victoria brillante, pero inútil. Mientras forzaba aquel paso, Blanchi, replegando rápidamente sus treinta mil hombres desde Fontainebleau hasta Sens, frustra el plan del emperador y se ponía en comunicacion con Schwartzberg. Se libraba, pero huía. En Paris resonó la fama de las hazañas de Montereau. Los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia, consternados al ver rechazada su vanguardia, vacilaban en si avanzarían ó retrocederían. Napoleon, rápido y temerario como la sorpresa, dejó las llanuras de París, y persiguió á Blanchi en retirada por el camino de Troyes. El 21 hizo alto en Bray, y se alojó en la misma habitacion que el emperador de Rusia acababa de dejar, para seguir la corriente del reflujo que volvía á llevar á los aliados á la Champaña. Schwartzberg hacia ya retroceder los bagages hasta los desfiladeros de los Vosges. Los rusos de la guardia del emperador que le seguían en el cuartel general austriaco se retiraron á Langres. Los soberanos estaban en Chaumont. El cañon de Montereau reconquistó á Napoleon sesenta leguas de espacio y de libertad de movimiento. El 23 entró vencedor en Troyes, siguiendo los pasos á los rusos de Alejandro. La ciudad libertada le recibió en triunfo. Testigo del terror del enemigo, creía ver en el regreso de Napoleon la vuelta decisiva de la victoria.

XX.

El mismo Napoleon participaba de la confianza que renacia á la vista de sus invencibles batallones. Aquella vez, la paz estaba en sus manos si se hubiese apresurado

á asirla. Perdió tiempo en vengarse y esparcir la irritación en un partido á que sus triunfos habian castigado bastante, á los pocos partidarios de la casa de Borbon.

Aquel partido hasta entonces no era mas que un recuerdo. Napoleon, al herirle, pareció reanimarle. Escribió con letras de sangre el nombre de los Borbones que tenia interés en hacer olvidar, despreciando unos síntomas vanos que ninguna fuerza tenían en las poblaciones.

Durante los dias de la ocupacion de Troyes por el enemigo, algunos antiguos oficiales realistas de la emigración, el marques de Vidranges, el caballero Gonault, y cinco ó seis habitantes de la ciudad, descosos de anticiparse á una opinion todavía adormecida, se presentaron al emperador de Rusia, y le pidieron la proclamación de sus antiguos amos en el trono de Francia. El emperador dejó ver una inclinación vaga y muda por aquellos soberanos. No quiso ni prejuzgar la opinion de su aliado el emperador de Austria, ni empeñar una palabra que tendria que retirar mas tarde, ni perder por una esperanza temeraria á hombres aventurados en lo desconocido. Contestó que lo azares de la guerra eran inciertos, y que no encontraría consuelo si veía sacrificados á unos hombres de bien, por una tentativa de destronamiento de su enemigo. La diputación realista se retiró, quizá alentada secretamente por algunos oficiales tráfugas ó emigrados, adictos al cuartel general del emperador de Rusia. Todo se redujo á algunas escarapelas blancas, y condecoraciones de la orden de San Luis, colocadas por algunos ancianos ó por sus hijos, en sus vestidos y sombreros. A consecuencia de aquella tímida demostración, el marqués de Vidranges partió para el Franco-Condado, en donde el conde de Artois se habia aventurado á presentarse bajo la salvaguardia de los austriacos. Los cómplices de su imprudencia se habian quedado en Troyes.

Napoleon, al entrar en la ciudad, pidió le entregasen los traidores, que repudiando su nombre, decia, habian hecho causa comun con los enemigos de la patria. Mr. de Gonault, fué enviado á un consejo de guerra, antes que el emperador se sentase, juzgado, condenado y fusilado, á pesar de las súplicas de Mr. de Megrigny, noble del país y escudero de Napoleon: de este modo espío con su sangre la temeridad de su entusiasmo por sus antiguos amos. Condujéronle al suplicio con un cartel al pecho, en que se leía la palabra traidor. El ruido de aquella venganza en un hombre aislado y sin cómplices, al día siguiente de aquellas victorias que hacian á César generoso, escitó en Francia menos terror que murmullos. ¿Que suponía la vida ó la muerte de un viejo realista culpable de fanatismo ó de ilusiones, en una querrela de la Europa con su dominador, y á quien se juzgaba, no en el campo del suplicio, sino sobre diez campos de batalla? Napoleon hubiera interesado con la indulgencia, y contristó é indignó con el rigor. No vengaba á la patria con la sangre de un hombre, sino á su dinastía. Aquel egoísmo pareció cruel, é hizo recordar al duque de Enghien.